

cida á casarla, no tendrá más que el trabajo de elegir entre los más ricos y de mejores prendas, de aquí y de los alrededores.”

Adios, querida Carolina, un acceso de tos corta la palabra á nuestro orador, y yo lo aprovecho para dejar la pluma, porque no digas que va muy larga esta carta; y sólo te suplico que no dejes de querer á tu amiga:

SOR TERESA.

CARTA XX.

F\*\*\*

Quando estaba yo en Burdeos, te decia que me costaba trabajo hallar un ratito para platicar contigo, y era la pura verdad: pues bien, aquí, querida Carolina, me sucede lo mismo, ó mejor dicho, me es muchísimo más difícil, porque Nuestra Madre no consiente que pase yo las recreaciones en borrar papel, sino que precisamente quiere que en ellas juegue, platicque y me divierta con mis hermanas, como si no fuera también muy agradable para mí el platicar contigo. Por más que se lo digo, de todos modos permanece inexorable, sin responder á todas mis lamentaciones más que una misma cosa: “En su edad, hija mia, se necesita de movimiento y de distraccion; es una co-

sa indispensable, y su amiguita sentiria mucho que permitiese á vd. el sacrificar la salud á un gusto pasajero: aprovéchese de los últimos dias hermosos de la buena estacion, para pasear y hacer ejercicio, que despues ya tendrá tiempo para escribir lo que quiera.”

Y como esos bellos dias se han prolongado mucho, no he podido tomar la pluma más pronto. Un dia le dije por chanza á Nuestra Madre, á quien le tengo una confianza enteramente filial, que era ya mucha tiranía el no dejarme escribir. Y ¡sabes lo que hizo? Se puso á reír, cosa que no es muy frecuente en ella, y me llamó *loquilla*. En fin, me vino, por fortuna, un fuerte constipado, y como no podia yo salir, obtuve la licencia deseada. Así, ¡ten cuidado! porque si quieres leer mi carta de seguido, tendrás materia lo ménos para una hora. Hace tanto tiempo que no te escribo, que tengo una multitud de cosas que contarte; si todo lo pusiera, saldria un libro *in folio* muy grueso. Pero como Nuestra Madre no me lo habia de permitir, no te daré sino un extracto de la interesante obra que podria componer. Ya lo ves, querida Carolina, una pobre hermana de la Caridad está obligada á sacrificar su amor

propio á su deber. Fuera de broma, no he tenido desde que estoy aquí ni un momento de fastidio; bien es verdad que, aun cuando hubiera querido, no lo habria podido tener, pues estoy tan ocupada, como voy á contarte: por lo regular hacemos Sor Carolina y yo, todos los dias, dos visitas á los enfermos; por la mañana vamos á ver á todos los del pueblo; despues de comer, haga buen ó mal tiempo, visitamos á los de los alrededores, y á veces tenemos que camniar una legua ó legua y media ántes de llegar al término de nuestra excursion; si cuentas la vuelta, ya verás lo que andamos; hay dias que quedamos tan cansadas, que hasta se nos hinchan los piés; pero la noche repara nuestras fuerzas, dormimos de una sola pieza, y al dia siguiente comenzamos de nuevo con más ganas. Además, somos abundantemente recompensadas de nuestras fatigas cuando logramos volver á Dios á alguna pobrecita oveja extraviada, y podemos decir con confianza á un moribundo: “Sal, alma *cristiana*, sal de este mundo.”

Hasta ahora, Carolina, no he visto más que un solo pecador que haya muerto sin reconciliarse con Dios. El infeliz resistió obstinada-

mente á nuestros ruegos, hasta á nuestras lágrimas.

Perseverando en un endurecimiento que nos aterrorizaba, se hizo sordo á las piadosas exhortaciones de nuestro Cura, y murió como habia vivido, en la impenitencia. ¡Ay! Carolina, qué espantoso es ver desprenderse, entre las angustias de la agonía, á una pobre alma que no ha querido conocer el fin para que fué creada, y que va á perderse por toda la eternidad!....

Felizmente, ejemplos semejantes son muy raros aquí, y la mayor parte de nuestros buenos campesinos, cuando se hallan enfermos, no esperan á que nosotras les advirtamos lo grave de su situacion para llamar al confesor, sino que ellos mismas ruegan que se les administren cuanto ántes los últimos Sacramentos. Hé visto aquí moribundos de toda edad, y todos me han edificado mucho por su resignacion, su amor á Dios y su confianza en la misericordia divina. Ya que se ofrece, no puedo resistir al deseo de contarte una historia que terminó con una catástrofe que llenó de consternacion á toda esta comarca.

Uno de los labradores más ricos de aquí,

Andrés, era padrè de un hijo único, que merecia bien su ternura y el amor que le tenia su madre. Se llamaba Adrian, y llegaba ya á los veinte años, cuando sus padres, que deseaban ver continuada su descendencia en sus nietos, le pidieron que se casara. Mucho tiempo resistió él á sus súplicas, porque temia mucho irles á llevar una nuera que no les tuviera tanto cariño como él deseaba. Su madre, cansada de sus vacilaciones, se resolvió á escojer por sí misma entre las jóvenes de por allí la que le pareció reunir las cualidades más á propósito para asegurar la felicidad de Adrian, y se la propuso. Con su instinto de madre descubrió en el corazon de su hijo, que, aunque en secreto, tenia mucha inclinacion por la joven de que se trataba; pero que no se atrevia á decirlo porque Francisca era una pobre huérfana, que no poseía, por único patrimonio, más que bonitas facciones, mucho amor al trabajo y una alma angelical. Mucho se asombró de que la esposa de Andrés viniese á pedirle su mano para su hijo, uno de los ricos del lugar. Tú creerás, tal vez, que la pobre no tardó nada en decir que sí, pero te equivocas, pues ella, ántes de aceptar tan brillante propuesta,

quiso saber nuestra opinion y la del Señor Cura, y no se resignó á ser la novia del honrado y bien apersonado Adrian, sino cuando le dijimos nosotras que era preciso que se casara con él. Adrian se llenó de alegría cuando le llevamos el consentimiento de Francisca, y muy pronto se llegaron á amar hasta el delirio nuestros dos jóvenes, con lo que se fijó el dia de las bodas, que por su magnificencia debian recordar las de Camacho. Llegó por fin ese dia esperado con tanta ansiedad, y Adrian, que se habia levantado desde muy temprano y vestido con sus mejores trages, no esperaba más que la llegada de sus amigos para ir á la casa de su futura.

Las horas se le hacian demasiado largas, y para distraerse del enfado de estar esperando, se puso á ayudar á su madre, que se fatigaba porque nada faltase en la fiesta.

Ya habia él adornado con flores la recámara nupcial, y oía de léjos á sus amigos que venian por él con una alegre música, cuando notó, que contra su costumbre, habia olvidado su escopeta, con la que habia cazado la víspera, en un rincon de la pieza. Sabia bien que Francisca no podia ver sin estremecerse esa arma

homicida en sus manos, y para ocultarla á sus miradas, quiso subirla encima de un ropero. Por desgracia, en el mismo instante los gritos de sus amigos que lo llamaban, le hicieron olvidar su ordinaria prudencia, y por darse prisa, no advirtió que la escopeta se habia atorado en uno de los alamares de las mangas de su chaqueta, y al retirarse, el movimiento hizo partir la descarga que recibió en el pecho.

Al ruido de la detonacion, se precipitaron todos á su cuarto, y lo encuentran caído en el suelo y bañado en sangre.

Sin embargo, todavía respiraba y pudo explicar cómo le sucedió esa horrible desgracia.

Despues, lleno de fé y de resignacion, pidió y recibió, en medio de sus parientes y de sus amigos, deshechos en lágrimas, la Extrema-Union y el Sagrado Viático; sacando en seguida de su misma piedad motivos sublimes de consuelo, trató de calmar á su desolado padre y á su madre desgraciada, y les pidió de la manera más tierna que en lo de adelante vieran á Francisca como si fuera su propia hija.

‘Muero tranquilo, les dijo, porque conozco su corazon y sé que ella hará muy bien mis veces respecto de vdes. ¡Oh! sí, sus cuidados,

su ternura, calmará vuestro pesar. ¡Pobre Francisca!...  
 “¡Ay! querida madre mía, prométame vd. que la ha de querer porque yo la he querido tanto, y del mismo modo que vd. ama á éste su moribundo Adrian.”

Su madre se lo prometió sollozando: pareció que quedaba él contento, se sonrió y suplicó que le permitiesen ver una vez más á la que en esa misma hora debia haber recibido por esposa al pié de los altares.

¡Ay! nosotras tuvimos el encargo de anunciar á la pobre niña la desgracia que le acababa de acontecer; á esa funesta noticia inclinó la cabeza bajo la mano de Dios, y poniéndose de rodillas le ofreció el cruel sacrificio que le pedia; despues, apoyada en nosotras, pálida, silenciosa y seguida de sus compañeras, llorando, tomó, ataviada con el vestido de novia, el camino de aquella casa de duelo, donde todavía esa misma mañana creía que habia de entrar al ruido de las músicas y en medio de los gritos de alegría.

Su entrevista con Adrian fué tierna; ninguno de los dos olvidó, que por dolorosos que sean los golpes del Señor, jamás debemos murmu-

rar contra los decretos de su Providencia. Todo el tiempo que Adrian conservó un soplo de vida, Francisca se mostró con el mayor valor, no separándose de él ni un momento y exhortándolo á la paciencia, á la resignacion y á los más vivos sentimientos de confianza en Dios. Al anochechar recogió su último suspiro, y quiso ella misma cerrarle los ojos; pero despues de haberle hecho ese triste servicio, se arrojó en los brazos de Nuestra Madre, donde perdió el conocimiento.

Se aprovecharon de su privacion para llevarsela á su casa, donde permaneció hasta el dia de los funerales en un triste aniquilamiento, que daba mucha lástima ver.

Todos nuestros esfuerzos para arrancarle siquiera una lágrima, fueron inútiles, por lo que Nuestra Madre se decidió á sacarla á toda costa de un estado que comprometia tan gravemente su salud; en consecuencia, cuando el entierro de Adrian, que tenia que pasar por enfrente de su casa, llegaba á su puerta, la tomó de la mano, y llevándola á la ventana, le dijo enseñándole el fúnebre cortejo:

—Francisca, llevan á su pobre novio á su úl-

tima morada: ¿no quiere vd. decirle adios por última vez?...

—¡Oh! sí! sí! ¿cómo no? exclamó la desgraciada niña tendiendo los brazos hácia el ataúd que encerraba los restos del que habia amado tanto. Adios, Adrian mio, adios!... ¡Que el Señor te conceda el descanso eterno!... Yo voy ahora á cumplir el deber que me impusiste.... ¡Dios permita que algun dia merezca reunirme contigo para cantar sus alabanzas eternamente!....

Dijo; y empujando las lágrimas que corrian por su rostro, emprendió, con la cabeza inclinada, pero con paso firme, el camino de la casa de Andrés. La seguimos nosotras: levantó los ojos al cielo é hizo una corta oracion al llegar al dintel de la puerta, por donde Adrian no habia de volver á pasar, y se dirigió inmediatamente al cuarto donde los dos ancianos, entregados á su profundo dolor, lloraban á su difunto hijo. Poniéndose de rodillas, tomó sus manos que inundó de lágrimas, y les dijo:— Nunca podré yo hacer sus veces.... y ocupar el lugar que él tenia en el corazon de vdes.... pero sí procuraré tenerles el mismo amor que él les tenia..... ¿No me querrán vdes. recibir

por su hija? Ese fué el último deseo que formó.

—Sí, sí, exclamaron abrazándola; sí, Francisca, tú eres desde hoy nuestra hija, y en lo de adelante tendrás con nosotros el lugar de aquel de quien nos ha privado á los tres nuestro buen Dios. ¡Pobrecita! ¿No es verdad que has perdido tú tanto como nosotros?...

Desde entónces, Francisca procura calmar sus pesares, y trabaja cuanto puede por complacer á sus padres adoptivos, que la quieren mucho y no cesan de dar gracias á Dios por haberles dado ese ángel para sostener y consolar su vejez.

Conforme á los deseos de Adrian, han reconocido á Francisca por su heredera, y alejándose de todo sentimiento de egoismo, la han instado fuertemente á que, si alguna vez vuelve á pensar en casarse, que se los diga con franqueza, no queriendo, dicen ellos, que por su abnegacion y la consideracion que les tiene, se condene al celibato. Pero ella les ha hecho conocer la firme resolucion en que está de no pertenecer nunca más que á Dios; y despues de la muerte de aquellos, retirarse á un convento. “Quizá amaba yo demasiado á Adrian, les ha contestado, y Dios me

ha castigado por haber dado á una criatura la preferencia que solo á Su Majestad debo: de hoy en más, Dios y ydes. ocuparán únicamente mi corazón."

Estoy segura de que te vas á apasionar de esta excelente jovencita: Francisca lo merece bien; pero como ella, hay aquí otras varias muchachas, que si se vieran en las mismas circunstancias, mostrarían igual piedad y juicio.

Nunca acabaría si quisiera contarte todos los rasgos de caridad y de virtud de que somos testigos diariamente.

Nos esforzamos en dirigir á la gloria de Dios la confianza sin límites que todas estas jóvenes tienen en nosotras, y gracias á la poderosa intercesion de la Santísima Virgen, á quien tienen aquí una tierna devocion, siendo rara la muchacha que no ostente con noble orgullo la cinta azul con la medalla de hija de María, caso si nunca tenemos que deplorar alguno de esos escándalos, por desgracia tan comunes en otros puntos de nuestra bella patria.

Pídele á Dios, querida Carolina, que continúe derramando sus bendiciones y sus gracias sobre estos buenos campesinos, y ruégale también que me haga á mí la merced de que men

aproveche de las lecciones de caridad y de humildad que me dan, sin advertirlo ellos, para que me santifique más y más, y llegue yo á ser ménos indigna de llamarme

SOR TERESA,

Hija de San Vicente de Paul.

P. S. Si mi catarro sigue teniéndome presa entre cuatro paredes, te escribiré muy pronto; si no, ya te puedes preparar á estar tres ó cuatro meses sin recibir noticia de mi interesante persona. Te lo advierto para que no te dé cuidado mi silencio.